La guerra caótica

Escrito por Micaela Salazar, Ana Paula Tinoco, Jonathan Bernard y Rafael Benítez

A todo esto, finalmente logré terminar la decoración. Al fin este chiquero tomaba forma; orgullosa, sonreí frente al espejo del pasillo, ajustándome un mechón de pelo. Se abrieron las puertas y los niños, como toros, se lanzaron a perseguir al torero, con la falda recién planchada y el moño que media hora me había costado frente al espejo. Cayeron sobre los muchachos, que jamás habían probado semejante banquete, e iban a descubrir aquel festín con tanta emoción que parecían llevar mil años sin comer. Las hamburguesas los llamaban desde la mesa y las papas fritas bailaban ante sus ojos; desaparecieron en un abrir y cerrar de ojos, como si nunca hubieran existido, dejando de evidencia solo un rastro de migas y huellas de dedos grasientos sobre el mantel fino, que una hora antes brillaba sin una sola arruga. En menos de cinco minutos mi elegante cena se convirtió en un campo de batalla y «el susto fue general y la alarma llegó a su colmo».

Lo que parecía un simple entusiasmo infantil pasó rápidamente a ser algo mayor. Un soldado, en su misión de alcanzar la última munición en guerra, trepó sobre el campo de batalla con las suelas de sus zapatos húmedas de tierra, dejando dos huellas perfectas sobre el campo; otro sostuvo su arma de tres puntas en alto apuntando a su víctima, como quien defiende su bandera, y la militar más pequeña de toda la armada colgó su bandera usada por el enemigo en uno de los largos palos del terreno, como quien cuelga ropa a secar.

Entonces empecé a mirar con otros ojos aquel comedor de paredes gastadas. Al fondo, unos dibujos con nombres infantiles decoraban la entrada a los cuarteles que los soldados compartían.

[…] Aquella fortaleza, que acogía a soldados sin familia, parecía tan abandonada como sus muros. Uno de ellos arrancó un pedazo del viejo papel tapiz, hizo una granada y la lanzó a su compatriota; este respondió con otra y, «aumentase la algazara», en segundos los muros comenzaron a desnudarse, como si también ellos quisieran participar de la fiesta, tira a tira, jirón a jirón, hasta dejar al descubierto ladrillos que llevaban milenios ocultos bajo aquel papel triste.

Un océano de refresco inundó el terreno, y por un instante temí que aquel comedor se convirtiera en un puerto de barcos de papel. Una papa salió disparada, aterrizó en mi peinado

y allí quedó instalada como reina en su trono; me llevé la mano a mi rubia cabellera y la sentí resbalar entre mis dedos manchados de la sangre de los tomates, mientras el eco de las voces se colaba, según supe después, hasta la calle de al lado, donde algún vecino se asomó a la ventana. El refresco siguió nadando por el suelo formando ríos entre las patas de las sillas; las sillas volvieron a caer una tras otra con el estrépito de fichas de dominó, y toda aquella máquina vino al suelo «con el más horroroso estruendo y confusión». El candelabro, que segundos antes presidía la mesa muy erguido, terminó bocabajo entre los restos fusilados de una hamburguesa.

Sentí que las manos me temblaban y que las palabras que había preparado para dar la bienvenida se me quedaban atascadas en la garganta; pero antes de decir algo miré sus rostros —manchados de salsa de tomate, sonrientes, como si aquel desastre fuera la mejor cena de sus vidas— y bajé las manos, que ya no sabían si recoger algo o quedarse quietas. Hasta entonces había mirado ese comedor pensando en lo que le faltaba; ahora, entre restos de papas fritas y jirones de papel tapiz, miré a los niños comer, reír y pelear por la última hamburguesa, y por primera vez en toda la tarde, sin saber muy bien por qué, sonreí también yo. Y pensé que muchas veces lo diferente puede asustarnos cuando lo juzgamos desde nuestras propias costumbres.

Este texto contiene citas de «Una cena especial», de Mariano José de Larra.